

Artaud me hartó. Ensayo sobre la estética de lo grotesco

Raúl R. Villamil Uriarte*

"Todo lo que huele a mierda
huele a ser
el hombre bien hubiera
podido no cagar
no abrir el bolsillo anal
pero eligió cagar
del mismo modo
que debió elegir la vida
en vez de consentir en vivir muerto".
Antonin Artaud.

Con las venas abiertas en canal, una continua sensación de asco transcurre por la garganta de un poeta insolente que se despelleja con sus propias uñas, sin dejar de apretar los dientes. El sueño aún no ha comenzado "¿ y para qué ojos? si falta inventar lo que hay que mirar".

Las imágenes se entraman en el callejón del miedo, en un pleito a muerte con puñales desnudos y cortantes. Se envilecen los sentidos, se malversan los significados y en la crudeza del poema artaudiano, no hay más historia que la realidad que se desangra en un gran chorro de sangre, ahora.

*Departamento de Educación y Comunicación, UAM Xochimilco.

Natura hija bastarda del destiempo
fábrica de basura

estercolero del desecho que navega
en la estética del movimiento perpetuo
Era de la cultura de la traición.

¡ La puta tierra que te parió!

Artaud y el mito, un secreto perverso arrugado en el bolsillo izquierdo del pecho de la humanidad, metafísica del viento que resopla fuerte cuando habla el culo, los huevos, el hígado, el estómago y la neurona podrida que echa a perder a las demás. De todas maneras, la mirada loca arrastra tras de sí al sujeto melancólico que escribe poemas grises y oblicuos, en un ritual satánico que vuelca la vida privada en la forma difusa de la colectividad.

La pus, la linfa, los mocos, el sudor, las lágrimas y todas las cerillas de los orificios corporales, en un gran amasijo de fecalidad. Son bultos opacos, anónimos en las fuerzas implosivas de un gran hoyo negro de silencios, deshabitado de fantasmas. Pero a la vez arborescencias de prejuicios con mechones tupidos de notas musicales detenidas en el quicio de un lupanar. También perfiles de sombras incapaces, fragmentados y rotos en la orfandad de una ciudad de reflejos de neón, fría y húmeda.

La escala musical, el óleo y la palabra, hacen su labor arqueológica como una cirugía reconstructiva, que parte de la huella del pasado en pos de la totalidad.

La cultura se refracta o se inmiscuye.

La pintura cede ante la mirada. La imagen y el signo en la óptica cotidiana que marca el intento de descifrar la nada. El poeta maldito vocifera ante la tela blanca y sus tatuajes en la memoria. Como una disección fina a la manera de un bisturí, todo el aparataje es solo el pincel, la brocha y el pulso. La revelación es el teatro del absurdo en su tendencia inevitable a la desnudez. El descubrimiento se resume en un biografía de los interiores del escritor, para acabar de una vez con el juicio de Dios.

Las plastas espesas de color en la noche delirante del genio Van Gogh, aquí tienen algo más que un pintor enajenado que se dejó asar una mano, para después cortarse una oreja y enviársela a su amante en una señal siniestra de enamoramiento. Estética de lo grotesco.

Poeta y pintor, vidas paralelas como respuesta a la objeción que inmediatamente da el espejo, como una lectura de los signos impresos en el rostro que demuestran una realidad maquínica y maquiavélica. El autorretrato no es exclusivo, ya que puede ser compartido por otros artistas en su trabajo creativo. Artaud-Van Gogh nudos y vasos comunicantes, pasos que se

toparon en los tiempos del encierro, los girasoles esquizofrénicos por el muro fueron creados pedazo por pedazo de la ontología, sobre la superficie de la vida, trashumando al pintor en su obra como un delirante. El poeta maldito del surrealismo comparte la locura de Van Gogh desde una celda psiquiátrica en Rodez.

Por lo tanto, no describiré un cuadro de Van Gogh después de haberlo hecho él, pero diré que Van Gogh es pintor porque recolectó la naturaleza, porque se diría que la retranspiró y la hizo sudar, porque en sus telas salpicó en haces, en como monumentales gavillas de color, la secular trituración de elementos, la terrible presión elemental de apostrofes, tildes, comas, guiones, y después de él ya no puede concebirse que las apariencias naturales no estén constituidas por ellos.¹

Artaud es un enjambre de mierda
de semen y desperdicios mecánicos.

Oda que se enarbola como bandera negra al repudio
poema al desorden que rigurosamente se ha sistematizado
en el artículo neutro "lo".

Decía que hay que castrar a los santurriones, de todas
maneras como son ricos o ricas ¿para qué necesitan
tantos órganos?

O que las únicas que valen la pena
son las mujeres libertinas
que antaño fueron monjas que adoraron al crucificado
en aras de la represión.

Artaud es un grito de los estertores
que se hunde en la sordera de las buenas conciencias
pero que explota impávido en las visceras de los
cadáveres que aún son habitados.

Es Satán si Cristo es...
una masturbación en pleno Champs Elysée
y el demonio fervorosamente confiesa ante un cura
este desvarío.

¹ Artaud, A. *Van Gogh. El suicidado por la sociedad*, Madrid, Fundamentos, 1977, p. 40.

Chamán tarahumara hechizado por su magia de empeyotado
enloquecido por el vaho sutil de los muertos
carroña de su propio delirio poético
pero vivo por la cotidianidad militarizada en el
terror.

El suicidado de nuestra sociedad
mancha de mugre en las batas blancas
de la melancolía
cuerpo y carne del verso conmocionado
contra la ciencia y la medicina
nueve años de soliloquios con la locura espectral
veinticuatro horas de una oscuridad interminable
como veinte siglos de la era cristiana.

Ciudadano renegado, poeta que copula con la letra. Niño soso que detuvo el día para otorgarle a las mañanas el estupro. Monstruo en el insomnio de una casa, con paredes de sombras largas y cristales de sueño en las ventanas. Por eso el tabú Artaud, no ha sido perdonado en el edicto oficiado desde el infierno, por el enfrentamiento brutal que todavía realiza en contra de la llama que queda aún de humanidad.

¿quién soy yo
de dónde vengo?
Soy Antonin Artaud
y si lo digo como sé decirlo
inmediatamente veréis mi cuerpo actual,
saltar en mil pedazos
y reunirse bajo diez mil aspectos notorios
un nuevo cuerpo con el que
ya no podrais olvidarme
nunca jamás.²

Monigote en la caricatura del humor negro, grotesca huella que marca la conciencia y la moral. Hombre inspirado en el costumbrismo de la nada. Fanático de la podredumbre que avala la hipótesis de la realidad, de la inmundicia y del fango de la sociedad que reposa en un crimen cometido en común.

² *Ibid.*

Las manos de la tragedia acechan al que sueña con una fecalidad desierta. El loco injuria, agrede y vocifera ante la realeza. Ni el marqués de Sade, ni el conde de Lautreamont aparecen en la escena por temor a la obscenidad.

No obstante, la salida del sol es un augurio para aquél que una vez que ha abierto los ojos, ya no puede volver a dormir tranquilo. Pues ante la experiencia del electroshock, maníacos somos y en depresivos nos convertiremos. Y como el deseo, aparece y desaparece.

Pero la equivocación abruma, cuando se piensa en el despellejamiento del cuerpo sin alma. Cuando se come en el caldo hirviente de la enajenación, para convertirse en un activo detonante de tormentas.

Calla poeta la impunidad
que se arrincona en el paredón del rumor
y firma tu sentencia de muerte
en los papeles amarillos del eterno olvido.

Eres el Momo
arabesco a contraluz
de la necia filantropía.

Esteta
lagsmana
tu desposeída careta.

Excomulgado
que se alude
e ignora
en toda religión.

El pintar para descifrar los cuartos íntimos
es sin sospecha de indiferencia
un legado del inconsciente histórico
al mal tiempo que asedia el espíritu de Artaud
tonos y matices
los rojos de pasión y de desprecio
negros de la noche que opacan la plenitud de la luna
amarillos intensos de bilis verde dedicados a la
ausencia

azules muertos en la espera de una pesadilla
y garabatos de una melodía a contrarritmo
que dibujan una frase del poeta:

"Sé que cuando he querido escribir, he hecho
fracasar mis palabras. Eso es todo".

O "paya nea nea
poi matis".

Artaud desconoce al padre putativo y al providencia
André Bretón.
¡Tristán Tzara!

Viejo cuervo
ojos huecos en la oscuridad
un último suspiro
la obra de Van Gogh para el trastornado
matiza en frío furor.

Artaud, la frase que descompone la palabra, la letra que hace fracasar a la profecía de la sensación íntima del cuerpo.

Sólo queda un humo pestilente que emana de la grieta de cualquier familia decente y que la moral con sus escuadrones de la muerte no ha podido silenciar.

El tallo de raíces que se estilizan por la forma. Arteria de una sociedad condenada al soliloquio que habita al público. La fragilidad de una hoja arrastrada por el paso del tiempo, que siempre va a cualquier parte cabalgando en una ráfaga de crin enmarañada,

La unión deforma.

El límite de la cordura se acorta con lo insano
el germen del desequilibrio mental se transmite por cualquier vía.

Artaud el patético, el iluminado, el pinche loco.

Deseo agotado, perdido entre engranajes torcidos y tuercas secas. Sistema contra necesidad. Máquina de huesos envuelta con trapos sucios de piel. Cuerpo parchado con sexos usados

y todos los desperdicios que ya no se venden en el mercado posmoderno de la pasión más espinosa.

Lava-imágenes de recuerdos, el órgano Artaud como un aborto de la prostitución materna..

Límite afianzado en su esperanza de totalidad, el otro es asesinado al nombrarlo, pues en este país las identidades son el resultado de un cataclismo que sólo ha dejado anudados en la punta del iceberg, fragmentos.

El mito del sexo y la muerte en la experiencia de corte artaudina, es la fuente privilegiada de significación que encuentra en el azar su máximo descubrimiento ontológico:

La poiésis de lo grotesco.

Así es como Artaud me hartó.

Crearemos un DADA cotidiano, una antiestética de la vida de todos los días. Lo que está más allá de la belleza, será inventado por el acto revolucionario, creado por gestos sutiles, tus ojos cruzándose con los míos en la calle y viéndonos por primera vez, la imagen de una muchacha china agachándose para atarse el lazo de los zapatos, con la punta de su larga cabellera negra acariciando el pavimento, o será creado por el descubrimiento de la disciplina no ordenada o de nuestra auténtica Locura.

David Cooper.